

Josep Otón

ISCREB
joton@xtec.cat

Vulnerabilidad y violencia en el «Prologue» de Simone Weil

Vulnerability and violence in Simone Weil's "Prologue"

Resumen

Al marchar hacia el exilio, la filósofa Simone Weil escribió un texto enigmático, *Prologue*, que pone de manifiesto dos cuestiones: la importancia de la vulnerabilidad en su vida y en su obra (cuestión que teorizó a través del concepto «desdicha») y el clima de violencia de esa época (que define con la idea de «fuerza»). La búsqueda de la *verdad* contribuye a esclarecer la relación entre vulnerabilidad y violencia.

Palabras clave

Simone Weil, *Prologue*, vulnerabilidad, violencia, desdicha, fuerza, verdad.

Abstract

When going into exile, philosopher Simone Weil wrote an enigmatic text, "Prologue", which reveals the importance of vulnerability in her life and in her works – an issue she theorized through the concept of 'disgrace' – and the climate of violence of her time that she defines with the idea of 'force'. The search for the 'truth' contributes to clarifying the relationship between vulnerability and violence.

Keywords

Simone Weil, *Prologue*, vulnerability, violence, disgrace, force, truth.

Recepción: 17 de octubre de 2019
Aceptación: 29 de octubre de 2019
Aurora n.º 21, 2020, págs. 104-116

1. Una mujer vulnerable en una época violenta

La vida de Simone Weil (1909-1943) transcurre en uno de los períodos más turbulentos de la historia reciente de Europa, y la pensadora fue testigo de los principales acontecimientos de la primera mitad del siglo xx: la Primera Guerra Mundial, el estalinismo, la crisis de 1929, el fascismo y el nazismo, la guerra civil española y, finalmente, la Segunda Guerra Mundial.

El pensamiento de Weil no es ahistórico, ajeno a las vicisitudes que se ensañaron con Europa, en general, y con los más vulnerables, de una manera más particular. Weil compaginó la docencia en institutos de secundaria con una intensa labor en el ámbito sindical. Luchadora infatigable en favor de la causa de los oprimidos, estuvo impartiendo cursos para los obreros, participó en manifestaciones y, a través de sus escritos, ofreció unas lúcidas reflexiones sobre la situación internacional y el futuro del proletariado.

Los primeros años de su vida estuvieron marcados por su frágil salud. Pronto aprendió a ser consciente de su propia vulnerabilidad, de los límites impuestos por su endeble cuerpo. Además, durante su infancia, su padre, médico de profesión, fue movilizado para atender a los heridos de la Primera Guerra Mundial. Este hecho les obligó a cambiar en repetidas ocasiones de residencia. El contacto con las desventuras derivadas de la guerra generó en ella un altruismo que le acompañó a lo largo de toda su vida.

Asimismo, compartía genialidad con su hermano. El testimonio de André Weil, matemático miembro del grupo Bourbaki, permite entender la compleja personalidad de Simone y su implicación casi enfermiza en la defensa de los desfavorecidos.

De niños fuimos inseparables; pero yo era el hermano mayor y ella la hermana pequeña. Luego, rara vez estuvimos juntos y siempre nos dirigíamos el uno al otro en tono de broma, dada su natural alegría y buen humor, como lo han atestiguado todos los que la han conocido, que conservó incluso cuando la miseria del mundo le añadió un fondo de invencible tristeza. En verdad, tuvimos pocas conversaciones serias. A pesar de que las alegrías y las angustias de su adolescencia me han sido totalmente ajenas y de que, más tarde, su comportamiento a menudo me ha parecido, por cierto no sin razón, un desafío a la sensatez, siempre hemos estado lo suficientemente cerca como para que nada de lo que le atañía me haya sorprendido nunca. Solo exceptuaré su muerte, que no me esperaba, ya que confieso haberla creído indestructible, y haber entendido demasiado tarde que su vida se desarrolló según sus propias leyes y terminó de la misma manera. De su trayectoria no he sido más que un lejano espectador.¹

Simone Weil fue discípula de Alain (Émile-Auguste Chartier) en la École Normale Supérieure y estudió filosofía en la Sorbonne, donde coincidió con Simone de Beauvoir. Weil se graduó siendo la número uno de su promoción, seguida por Beauvoir. En sus memorias, la escritora existencialista hace referencia a un encuentro con Simone Weil que, de nuevo, pone de manifiesto el desvelo de esta pensadora por el sufrimiento humano.

Mi obstinación me impidió sacar provecho de mi encuentro con Simone Weil. Al mismo tiempo que preparaba la Normale, cursaba también en la Sorbonne para los mismos títulos que yo. Me intrigaba por su reputación de gran inteligencia y su curiosa forma de vestir; deambulaba por el patio de la Sorbonne, escoltada por una verdadera banda de antiguos alumnos de Alain; en uno de los bolsillos del chaquetón llevaba siempre un número de *Libres Propos*, y en el otro, un ejemplar de *L'Humanité*. Por aquel entonces una hambruna acababa de devastar China, y me contaron que, al enterarse de la noticia, se había echado a llorar. Unas lágrimas que me obligaron a respetarla más aún que sus dotes filosóficas. Pues envidiaba un corazón capaz de latir a través del universo entero. Un día logré acercarme a ella. No sé cómo entablamos conversación; afirmó de manera tajante que solo una cosa importaba hoy: una revolución que permitiera comer a todo el mundo;

1. Weil, A., *Memoria de aprendizaje*, Tres Cantos, Nivel, 2002, pág. 13.

2. Beauvoir, S., *Mémoires d'une jeune fille rangée*, París, Gallimard, 1958, págs. 330-331.

3. Trotski, L., «La Quatrième Internationale et l'URSS» en *La Vérité*, París, 13 de octubre de 1933.

yo le contesté, de forma no menos tajante, que el problema no era lograr la felicidad de los hombres, sino dar un sentido a su existencia. Mirándome de arriba abajo, me dijo: «Ya se ve que nunca has tenido hambre»; y hasta aquí llegaron nuestras relaciones. Me di cuenta de que me había catalogado como «una pequeña burguesa espiritualista», lo que me irritaba [...]. Me creía liberada de mi clase.²

De origen judío, formada en el más puro espíritu agnóstico y laico, Simone Weil hizo gala de su valentía intelectual y política al no rendirse jamás ante las presiones de nadie. Su leal adhesión a la verdad no le permitió someterse servilmente a ningún tipo de doctrina indiscutible. Sin renunciar a la erudición académica, hizo oír su voz incisiva, inconformista y desconcertante en los más diversos foros. Su tenaz búsqueda de autenticidad le generó una insatisfacción constante que le hacía rechazar las ideologías fabricadas desde el poder. Asumió la agotadora tarea de cuestionarlo todo, aunque ello le supusiera el precio de la incompreensión y la condena a la soledad. De ahí el recelo que Weil suscita entre los que, demasiado instalados en sus convicciones, se refugian en presuntas certezas.

Así, aunque comprometida firmemente en la lucha por los derechos del proletariado, no escatimó críticas a la flamante Unión Soviética que ensayaba llevar a la práctica las revolucionarias teorías de Karl Marx. En opinión de Weil, no se estaba aplicando un socialismo auténtico, sino un nuevo sistema de opresión social. Esta actitud le valió las críticas del propio León Trotski, que arremetió contra ella atribuyendo el origen de sus ideas a sus carencias personales.

Desesperada por sus «desgraciadas experiencias», Simone Weil encontró consuelo en una nueva misión: defender su personalidad contra la sociedad. Fórmula del antiguo liberalismo, refrescada por un barato entusiasmo anarquista [...] a ella y a sus afines les hacen falta muchos años para liberarse de los prejuicios pequeñoburgueses más reaccionarios. Evidentemente, sus nuevos puntos de vista han encontrado cobijo en el órgano que tiene por título de manera claramente irónica *La révolution prolétarienne*.³

Movida por la desconfianza hacia las diferentes interpretaciones oficialistas, optó por ser testigo directo de la realidad y así reflexionar desde la propia experiencia, renunciando a las informaciones de segunda mano. Reticente a permanecer espectadora de la historia, participó activamente en los acontecimientos más relevantes de su época y acudió a los escenarios de los conflictos: a pesar de su ascendencia judía, se arriesgó a viajar a Alemania para conocer la situación de dicho país subyugado por el régimen hitleriano; abandonó sus clases de filosofía para trabajar en una fábrica en plena crisis económica de los años treinta; se alistó en las milicias anarquistas durante la guerra civil española; y colaboró con la Resistencia francesa para combatir la ocupación nazi.

Esta vida tan intensa y tan comprometida con la realidad dio lugar a un discurso filosófico reflejado en una ingente producción literaria, que no fue publicada hasta después de su prematura muerte, a los 34 años. Con frecuencia, Weil recurre a la paradoja y a la metáfora para articular un pensamiento sorprendente y caleidoscópico. Su obra, póstuma, inacabada, fragmentaria y poco sistemática, resulta difícil de interpretar. Además, es tan extensa, diversa y dirigida a públicos tan diferentes que no está exenta de contradicciones, cuando menos, aparentes.

2. Prologue

Uno de los textos más enigmáticos de Simone Weil es el conocido con el nombre de *Prologue*.⁴ Se trata de un breve relato que describe un encuentro con un misterioso personaje. El texto rezuma cierto romanticismo al presentar un amor casi imposible. Una lectura más atenta apunta hacia una interpretación místico-religiosa.⁵ Pero también da pie a analizar la confluencia de la vulnerabilidad y la violencia en el pensamiento de esta autora.

Entró en mi habitación y dijo: «Criatura miserable, que no comprendes nada, que no sabes nada. Ven conmigo y te enseñaré cosas que ni siquiera te imaginas». Le seguí.

Me llevó a una iglesia. Era nueva y fea. Me condujo hasta el altar y me dijo: «Arrodíllate». Yo le respondí: «No he sido bautizada». Él me dijo: «Cae de rodillas con amor en este lugar, en este lugar en el que está la verdad». Obedecí.

Me hizo salir y subir hasta una buhardilla desde la que se veía, por la ventana abierta, toda la ciudad, algunos andamios de madera, el río donde descargaban los barcos... Me hizo sentarme.

Estábamos solos. Él hablaba. A veces entraba alguien, se mezclaba en la conversación y luego se iba.

Ya no era invierno, pero aún no había llegado la primavera. Las ramas de los árboles estaban desnudas, sin brotes, en el aire frío y lleno de sol.

La luz aumentaba, resplandecía, disminuía, después las estrellas y la luna entraban por la ventana. Después, de nuevo llegaba la aurora.

A veces él callaba, sacaba pan de un armario y lo compartíamos. Aquel pan tenía el verdadero sabor del pan. Nunca he vuelto a encontrar ese sabor.

Me servía y se servía vino que tenía el sabor del sol y de la tierra en la que estaba construida esa ciudad. A veces nos tumbábamos en el suelo de la buhardilla, y la dulzura del sueño caía sobre mí. Después, me despertaba y bebía la luz del sol.

4. Según Manuel Sacristán, es un texto fundamental para la comprensión del pensamiento de esta autora, hasta el punto de que, en su reseña de la edición francesa de *La connaissance surnaturelle*, lo traduce íntegramente y añade que, probablemente, era la primera vez que se publicaba un texto weiliano en español (Sacristán, M., *Papeles de filosofía. Panfletos y materiales II*, Barcelona, Icaria, 1984, pág. 474).

5. He planteado la dimensión religiosa del *Prologue* en Otón, J., *Simone Weil, el silencio de Dios*, Barcelona, Fragmenta, 2008.

6. Weil, S., *El conocimiento sobrenatural*, Madrid, Trotta, 2003, págs. 11-12.

7. Weil, S., *Cuadernos*, Madrid, Trotta, 2001, págs. 857-858.

8. Weil, S., *Cahiers (février 1942-juin 1942)*, *Œuvres Complètes*, vol. VI, tomo 3, París, Gallimard, 2002, pág. 445. Según Selma Weil, Simone entregó siete cuadernos escritos en Nueva York a sus padres antes de embarcar hacia Londres. Después de su muerte, en agosto de 1943, los Weil encontraron dos hojas sueltas intercaladas en el primero de los cuadernos. Se trataba de un borrador del *Prologue* con tachones y correcciones y, por tanto, presumiblemente era la versión original del texto. Luego, en 1951, se sorprendieron gratamente al verlo reproducido en los cuadernos de Marsella que Simone había confiado a Gustave Thibon. Al leer que se trataba del comienzo de un libro, se sintieron confirmados en su iniciativa de publicar los cuadernos de su hija y el *Prologue* en concreto (*Ibidem*, pág. 446).

Me había prometido una enseñanza, pero no me enseñó nada. Hablamos de todo tipo de cosas, sin orden ni concierto, como hacen los viejos amigos.

Un día, me dijo: «Ahora vete». Caí de rodillas, me abracé a sus piernas, le supliqué que no me echara. Pero me empujó a la escalera. La bajé sin saber nada, con el corazón hecho pedazos. Caminé por las calles. Después, me di cuenta de que no sabía en absoluto dónde se encontraba aquella casa.

Nunca he tratado de encontrarla. Comprendí que había venido a buscarme por error. Mi lugar no está en esa buhardilla. Está en cualquier lugar, en un calabozo, en uno de esos salones burgueses llenos de adornos estúpidos y de terciopelo rojo, en la sala de espera de una estación. En cualquier lugar, pero no en esa buhardilla.

A veces no puedo evitar, con temor y remordimiento, repetirme algo de lo que él me dijo. ¿Cómo saber si lo recuerdo exactamente? Él no está ahí para decírmelo.

Sé perfectamente que no me ama. ¿Cómo podría amarme? Y sin embargo, en el fondo de mí, algo, un punto de mí misma, no puede dejar de pensar, temblando de miedo, que quizá, a pesar de todo, me ama.⁶

Para entender el significado de un texto tan paradójico como *Prologue*, resulta imprescindible conocer las coordenadas biográficas weilianas que, a su vez, reflejan el dramatismo de la coyuntura histórica.

A punto de huir de Francia para exiliarse en los Estados Unidos, y sabiendo que era un momento decisivo de su vida, Simone Weil entregó al pensador católico Gustave Thibon unos cuadernos de notas personales, conocidos con el nombre de *Cahiers* y redactados durante la estancia en Marsella. Se supone que acababa de elaborar esta composición breve, escrita en un estilo que combina prosa y poesía, a la que ella, en un primer momento, no puso título.

Weil incluyó este borrador en la última página de los *Cahiers* de Marsella⁷ con una nota que decía: «Comienzo del libro (el libro que incluirá estos pensamientos y otros muchos)», dando a entender que su intención era publicar algún día las ideas recogidas en dichos cuadernos. Luego copió el texto al final del primer cuaderno que le acompañó en su exilio y le puso por título *Prologue*.⁸ Las anotaciones redactadas durante el viaje a los Estados Unidos fueron reunidas y publicadas en *La connaissance surnaturelle*.

Las dos versiones son prácticamente idénticas. En la primera aparece una frase relacionada con el mobiliario del desván que no está incluida en los cuadernos de Nueva York: «En la buhardilla no había más que una mesa y dos sillas. Me pidió que me sentara». También hay que advertir que en la versión castellana de los *Cahiers* de Marsella hay un error de traducción que se puede interpretar como una

diferencia, cuando en realidad no lo es. Así al final del texto se pregunta: «¿Cómo voy a amarlo yo?», en vez de: «¿Cómo podría amarme?».

Weil relata una experiencia íntima, pero seguramente no se trata de una descripción de un hecho real vivido por la autora, sino de una reelaboración posterior a partir de datos biográficos. Sin duda, y su familia así lo corrobora, el episodio narrado sucede en lugares frecuentados por ella. La buhardilla corresponde a la casa de sus padres, en la calle Auguste Comte de París; era su lugar de trabajo y de reflexión. El río donde descargaban los barcos es el Sena; Weil paseaba a menudo por sus márgenes. Según su madre, la iglesia nueva y fea estaba situada cerca de la fábrica donde trabajó, y la visitó en diversas ocasiones. También podría tratarse de la iglesia moderna de Santa Maria degli Angeli de Asís en cuyo interior se encuentra la Porciúncula, un lugar clave en el itinerario espiritual de Weil.

Los salones burgueses repletos de adornos estúpidos y decorados con terciopelo rojo serían el recibidor del despacho de Edmond Bloch, abogado defensor de su hermano André, acusado de insumisión por negarse a prestar el servicio militar. Y la sala de espera de una estación estaría basada en la de Ruan, otro lugar de mal recuerdo para Simone. Allí pasó muchas horas mientras esperaba el tren después de visitar a su hermano recluido en el penal militar de dicha ciudad. También hay que destacar las referencias explícitas a la naturaleza (el sol, los árboles, las estaciones, las estrellas, la luna, la luz), un elemento muy importante en el pensamiento Weil.

3. Vulnerabilidad

«Criatura miserable, que no comprendes nada, que no sabes nada». El comienzo del *Prologue* llama la atención sobremanera. Son palabras de una gran dureza. Transmiten desprecio y maltrato por parte del visitante, y desvelan un problema de autoestima por parte de la persona visitada, la cual, sin lugar a dudas, es la propia autora. Posiblemente esta expresión sintetiza alguna de las peculiares ideas que integran un pensamiento imposible de disociar de su accidentada biografía. Resulta muy esclarecedor leer la obra de Weil a la luz de su atormentada interioridad.

Este reproche pone de manifiesto con una crudeza inusitada la cuestión de la vulnerabilidad. Deja traslucir un profundo complejo de inferioridad de la autora y los graves problemas de relación que tuvo a lo largo de su vida. Fue un personaje histriónico, pintoresco e, incluso, extravagante. Prueba de ello son los apelativos con los que era conocida. Su hermano André la llamaba «Trollesse», el término femenino para denominar a los geniecillos traviosos y socarrones de la mitología escandinava. El subdirector del Lycée Henri IV la calificó como «monstrum horrendum». El director de la École

9. Weil, S., *En casa de los Weil. André y Simone*, Madrid, Trotta, 2011, pág. 11.
10. Weil, S., «Autobiografía», en *A la espera de Dios*, Madrid, Trotta, 1993, págs. 38-39.
11. *Ibidem*, pág. 85.
12. *Ibidem*, pág. 75.
13. *Ibidem*, pág. 77.

Normale Supérieure, Célestin Bougle, la denominaba «la vierge rouge» en recuerdo de Louise Michel, la heroína de la Comuna de París. Y su maestro Alain la apodaba «la Martienne», seguramente haciéndose eco de los marcianos de Orson Wells que solo eran cerebro y mirada. El general De Gaulle respondió a uno de sus informes arguyendo «está loca». Su propia sobrina, Sylvie, confesó la incomodidad que le suponía pertenecer a la familia de esta pensadora: «En más de una ocasión he renegado de Simone. Me avergonzaba ese parentesco, como una tara. A algunos les resultará chocante, o del todo estúpido. Pero era así».⁹

Ya en su adolescencia sufrió una crisis existencial al darse cuenta de que era incapaz de emular los logros intelectuales de su hermano, el matemático André Weil. En la misma época en que escribía el *Prologue*, confesaba en una carta autobiográfica que a los catorce años padeció una grave depresión por «no poder abrigar esperanzas de acceso a ese reino trascendente en el que habita la verdad». Su supuesta mediocridad intelectual hacía que prefiriera la muerte antes que vivir sin conocer la verdad. Superó esta crisis juvenil al tener «la certeza de que cualquier ser humano, aun cuando sus facultades naturales fueran casi nulas, podía entrar en ese reino de verdad reservado al genio, a condición tan solo de desear la verdad y hacer un continuo esfuerzo de atención con el fin de alcanzarla».¹⁰ Crisis de este tipo la acompañaron a lo largo de su vida.

Weil teorizó sobre este padecimiento interior y lo denominó «malheur». La desdicha (*malheur*) es a la vez dolor, angustia interior y degradación social.¹¹ Implica, por tanto, sufrimiento, tanto físico, como psicológico o relacional. Pero no se puede reducir únicamente al dolor, pues comporta un desarraigo de la vida, un equivalente más o menos atenuado de la muerte, que mantiene postrado al individuo.¹²

Weil emplea un lenguaje muy psicológico para describir los estados mentales asociados a la desdicha que sugieren unos mecanismos psíquicos muy complejos. Así, por ejemplo, afirma que la desdicha aprisiona al individuo, lo somete a unas leyes casi autodestructivas. La desgracia endurece y desespera, porque impregna hasta lo más profundo de la persona, como un hierro candente, el desprecio, el hastío y hasta la repulsión de uno mismo. Se trata del sentimiento de culpabilidad que el crimen debería provocar en el delincuente y que no siempre genera, ya que, a menudo, el mal habita el interior del criminal sin que este apenas se dé cuenta. En cambio, sí que lo percibe el inocente afligido por la desdicha. Se produce una transferencia psicológica y la víctima experimenta el dolor moral que le correspondería sufrir al malhechor.¹³

Las descripciones de los estados anímicos de Simone Weil han generado todo tipo de interpretaciones. El psiquiatra Javier Álvarez compara el sufrimiento de la autora (una mezcla de malestar físico, desasosiego y desubicación social) con los síntomas de la depresión

endógena.¹⁴ En esta línea, cabe decir que la muerte de Simone Weil ha sido motivo de una fuerte controversia. El certificado de defunción señala la tuberculosis como la causa de la muerte, pero añade que la paciente se había negado a ingerir alimentos, lo que agravó la enfermedad.¹⁵ Este hecho ha levantado todo tipo de especulaciones e intentos de descalificar la figura y el pensamiento de Weil aludiendo a un pretendido desequilibrio psíquico y a una hipotética anorexia.

Entre los detractores de Weil que aprovechan la posible enfermedad para desacreditar su obra destaca, desde el catolicismo, Charles Moeller, quien atribuye la peculiar teología weiliana a factores tan íntimos como, por ejemplo, el no haber tenido hijos. Según él, el pesimismo de la desdicha weiliana encontraría su razón de ser en una maternidad frustrada.¹⁶

Desde la perspectiva judía, Paul Giniewski opina que la anorexia es una consecuencia lógica de una personalidad que manifiesta un gran odio contra sí misma. Giniewski no duda en calificar este odio, expresado en el rechazo a su propio judaísmo, como una tendencia masoquista.¹⁷ El problema alimentario de Weil se ha convertido en una característica definidora de su personalidad para muchos autores. José Antonio Marina se refiere a esta intelectual judía como una figura patética esforzada hasta la inmolación.¹⁸ Sin embargo, el psiquiatra Robert Coles, profesor de Harvard, consultó a Anna Freud sobre la posible anorexia de Simone Weil. La hija de Sigmund Freud, que estuvo en Londres durante los bombardeos, reconoce las devastadoras consecuencias psicológicas de la guerra en las personas sensibles y reflexivas.¹⁹ Aun así, destaca que en Weil no existe una preocupación obsesiva por la imagen de su cuerpo ni un miedo a la obesidad,²⁰ y concluye que no se debería aplicar ninguna denominación clínica a Weil.²¹

Por su parte, el crítico literario George Steiner considera necesario realizar una cuidadosa revisión del pensamiento de esta autora. Propone distinguir los posibles aspectos enfermizos de su personalidad del valor intrínseco de su obra, que es independiente de los rasgos patológicos que se le atribuyen.²²

En cambio, Susan Sontag sostiene que precisamente lo fascinante de Weil es su carácter enfermizo, y la compara con Kierkegaard, Nietzsche, Dostoievski, Kafka, Baudelaire, Rimbaud y Genet. Para Sontag, en algunas distorsiones de la verdad, demencias, reacciones enfermizas y negaciones de la vida, reconocemos el misterio del mundo, que desmiente toda certeza de posesión de una verdad objetiva y posibilita un conocimiento más auténtico, produce juicio, genera salud y ensalza la vida.²³

En todo caso, parece evidente que Simone Weil se vio aquejada por una serie de trastornos psicológicos que, lejos de recluirla en su

14. Álvarez, J., *Mística y depresión: San Juan de la Cruz*, Madrid, Trotta, 1997, págs. 216-225.

15. «Cardial failure due to myocardial degeneration of the heart muscles due to starvation and pulmonary tuberculosis [...]. The deceased did kill and slay herself by refusing to eat while the balance of her mind was disturbed», citado en Pétrement, S., *La vida de Simone Weil*, Madrid, Trotta, 1995, pág. 721.

16. Moeller, C., «Simone Weil y la incredulidad de los creyentes», en *Literatura del siglo XX y cristianismo*, vol. 1, Madrid, Gredos, 1981, págs. 330-331.

17. Giniewski, P., *Simone Weil y el judaísmo*, Barcelona, Riopiedras, 1999, pág. 267.

18. Marina, J. A., *Dictamen sobre Dios*, Barcelona, Anagrama, 2001, pág. 101.

19. Coles, R., *Simone Weil. Historia de una moderna peregrinación*, Barcelona, Gedisa, 1999, pág. 40.

20. *Ibidem*, págs. 56-57.

21. *Ibidem*, pág. 57.

22. Steiner, G., *Pasión intacta*, Madrid, Siruela, 1997, pág. 173.

23. Sontag, S., *Contra la interpretación*, Madrid, Alfaguara, 1996, págs. 83-85.

24. «Mientras que las máquinas no arrancan a los trabajadores más que su fuerza de trabajo [...] cada soldado está obligado a sacrificar su propia vida a las exigencias de la maquinaria militar y se encuentra coaccionado por la amenaza de ejecución sin juicio», en Weil, S., «Reflexiones sobre la guerra», en *Escritos históricos y políticos*, Madrid, Trotta, 2007, pág. 329.
25. Soldado republicano español recluido en un campo de concentración en el sur de Francia. Weil, S., «Lettres à Antonio Atares 1941-42», en *Œuvres*, París, Gallimard, 1999, págs. 685-690.
26. Poeta francés. Quedó paralítico, prostrado en una cama el resto de su vida, a consecuencia de un disparo recibido a los 21 años mientras era soldado en la Primera Guerra Mundial. Weil se relacionó con él durante su estancia en el sur de Francia. Weil, S., «Carta a Joë Bousquet», en *Pensamientos desordenados*, Madrid, Trotta, 1995, págs. 53-60.
27. Weil, S., *Echar raíces*, Madrid, Trotta, 1996, págs. 61-62.
28. Proyecto que Weil propuso a Maurice Schumann en una carta del 30 de julio de 1942. Weil, S., «Proyecto de una formación de enfermeras de primera línea», en *Escritos de Londres y últimas cartas*, Madrid, Trotta, 2000, págs. 145-152.
29. «Cristo, siendo de condición divina... se vació de sí mismo [kenosis] tomando la condición de esclavo» (Flp 2:6-7).
30. «La parte sobrenatural [de Cristo] la constituye el sudor de sangre, el deseo insatisfecho de consuelos humanos, la súplica por salvarse, el sentimiento de abandono de Dios», en Weil, S., *La gravedad y la gracia*, Madrid, Trotta, 1994, pág. 127.
31. «La fuerza es lo que convierte en una cosa a cualquiera que le está sometido. Cuando se ejerce hasta el extremo, hace del hombre una cosa en el sentido más literal. Pues hace de él un cadáver. Había alguien, y, un instante más tarde, no hay nadie», en Weil, S., «La Ilíada o el poema de la fuerza», en *Escritos históricos y políticos, op. cit.*, pág. 287. «Tal es la naturaleza de la fuerza. El poder que posee de transformar a los hombres en cosas es doble y se ejerce en dos sentidos; petrifica de forma diferente, pero tanto a unos como a otros, las almas de quienes la sufren y de quienes la manejan», *Ibidem*, págs. 302-303.

propia insatisfacción existencial, la empujaron a salir de sí misma y a preocuparse por la aflicción de los demás. Desde su dolor interior podía empatizar con un mundo sufriente. En vez de caer en la autocondescendencia y en los bucles de la victimización, fue capaz de comprometerse en la causa de los desfavorecidos y de buscar soluciones a sus problemas.

De ahí su preocupación por las condiciones de vida del proletariado, lo que la llevó a trabajar en diversas fábricas. Pero de ahí también el interés por otro colectivo oprimido, los soldados, tanto en términos generales²⁴ como atendiendo a casos particulares, como fueron Antonio Atares²⁵ y Joë Bousquet.²⁶ Y no le faltaron ideas para amortiguar el peso de la precariedad humana: sugiere a los sindicatos cooperar con los ingenieros para diseñar máquinas que mejoren las condiciones laborales de los obreros²⁷ y propone crear una formación de enfermeras para atender a los soldados heridos en la primera línea del frente.²⁸

Asimismo, esta experiencia de la propia vulnerabilidad y de la indignancia de la condición humana, teorizada a través del concepto «desdicha», le permitió sintonizar con el cristianismo del Dios kenótico,²⁹ expresado en la fatalidad de la cruz, un universo semántico capaz de poner palabra a la inefabilidad del sufrimiento.³⁰

4. Violencia

«Un día, me dijo: “Ahora vete”. Caí de rodillas, me abracé a sus piernas, le supliqué que no me echara. Pero me empujó a la escalera. La bajé sin saber nada, con el corazón hecho pedazos». La violencia es la otra cara de la vulnerabilidad. La prepotencia de unos se ensaña ante la debilidad de otros. Weil utiliza el concepto «fuerza» para designar esta dimensión de la violencia, ejercida de forma impersonal, que deshumaniza tanto al agresor como a la víctima.³¹

El *Prologue* se hace eco de esta agresividad latente en las relaciones humanas. La protagonista de este breve relato es expulsada del paraíso del encuentro. Sin explicación alguna, es desterrada. Los sentimientos de abandono y añoranza que se desprenden de esta obra se pueden interpretar a la luz del estado de ánimo que vive la autora al verse obligada a abandonar Francia.

Weil tuvo que huir hacia el sur para ponerse a salvo de la violencia de los invasores alemanes. Allí colaboró con los grupos de la resistencia y fue interrogada en varias ocasiones por la policía. Finalmente, los Weil decidieron marcharse a Marruecos, a la ciudad de Casablanca, para embarcarse en dirección a Nueva York.

Simone no soportaba haber abandonado su país e hizo todo lo posible para regresar. Al cabo de unas semanas, se instaló en Inglaterra con la esperanza de poder retornar para defender su patria, sueño que no vio realizado porque la muerte le sobrevino pocos meses después.

En los textos de Londres se encuentran expresiones que transmiten un sentimiento de profunda añoranza: «la patria nunca es tan bella como bajo la opresión de un conquistador si se tiene la esperanza de volver a verla intacta»,³² o bien, «la realidad de Francia se ha hecho sensible a todos los franceses por su ausencia».³³

Así, a pesar de haber sido muy crítica con sus compatriotas, durante este destierro reconsidera el valor del colectivo y se da cuenta de la necesidad de compartir unas raíces históricas. En este contexto personal, la ausencia se convierte en algo sobrecogedor, real, doloroso, pero también revelador.

En *Prologue* refleja claramente el sufrimiento por esta pérdida. Ahora bien, un segundo factor acrecienta la sensación de violencia y de rechazo. Otro de los grandes temas desarrollados por Weil en sus escritos durante esa misma época es la controvertida cuestión del bautismo. En *Prologue* reconoce de forma contundente: «No he sido bautizada».³⁴

En su etapa de Marsella, Weil conoció la cultura occitana e identificó en el catolicismo los rasgos del peor legado de la civilización romana, la violencia sistemática, tal como se puso de manifiesto en la cruzada contra los albigenses.³⁵ Así, percibe la Iglesia católica como continuadora de la violencia de la tradición hebraica y romana. Y atribuye a esta doble herencia la responsabilidad de ahogar en gran medida durante dos mil años la inspiración auténtica del cristianismo.³⁶ Incluso argumenta que los partidos únicos, fundamento de los regímenes totalitarios del siglo xx, son una transposición en la actualidad del totalitarismo de la cristiandad medieval, que se sentía depositaria de una única verdad y con el deber de neutralizar el menor atisbo de disidencia a través de la fórmula «anathema sit», acompañada de la violencia institucionalizada de las Cruzadas y de la Inquisición.³⁷

Esta connivencia con la fuerza contrasta con la religión de los esclavos que había descubierto en Portugal.³⁸ En consecuencia, Weil se sentía forzada a no entrar en la Iglesia, sino a permanecer en su umbral. Además, al no sentirse aceptada en su peculiar idiosincrasia, se alineaba de manera natural en el bando de los excluidos. Sintionizaba con las minorías discordantes, cuya existencia hace peligrar la uniformidad de los colectivos demasiado hechizados por ellos mismos y, por tanto, susceptibles de asumir sesgos totalitarios para erradicar de forma violenta la discrepancia.³⁹

32. Weil, S., *Echar raíces*, *op. cit.*, pág. 90.

33. *Ibidem*, pág. 130.

34. Simone Weil no quiso ser bautizada. Sin embargo, Georges Hourdin defiende que fue bautizada *in extremis* por su amiga Simone Deitz, una judía convertida al catolicismo, durante su agonía (Cfr. Hourdin, G., *Simone Weil*, Barcelona, Luciérnaga, 1994, págs. 258-268). Simone Pétrement, en cambio, cuestiona la veracidad de este hecho (Cfr. Pétrement, S., *La vida de Simone Weil*, *op. cit.*, págs. 704-707).

35. Weil, S., «Autobiografía», *op. cit.*, pág. 49.

36. Weil, S., «Algunas reflexiones sobre los orígenes del hitlerismo», en *Escritos históricos y políticos*, *op. cit.*, págs. 264-265.

37. Weil, S., *Escritos de Londres y últimas cartas*, *op. cit.*, pág. 112.

38. Weil, S., «Autobiografía», *op. cit.*, pág. 40.

39. Weil, S., *A la espera de Dios*, *op. cit.*, pág. 28.

40. Weil, S., «Autobiografía», *op. cit.*, págs. 40-41.

41. *Ibidem*, pág. 52.

Tal como le confesó al P. Perrin, tras sus tres contactos con el catolicismo,⁴⁰ su mente y su corazón se abrieron a una transcendencia explícita formulada en el lenguaje de esta religión. Sin embargo, estas vivencias íntimas no fueron acogidas como habría deseado por el colectivo correspondiente. En consecuencia, Weil se sentía, una vez más, rechazada, expulsada, tal como se describe en *Prologue*.

5. Vulnerabilidad, violencia y verdad

El misterioso visitante conduce a la protagonista del *Prologue* hasta una iglesia. Frente al altar, le ordena arrodillarse e identifica ese espacio como el «lugar en el que está la verdad». Por otra parte, en el relato se anuncia la inminencia de una revelación: «Ven conmigo y te enseñaré cosas que ni siquiera te imaginas». Sin embargo, surge el desencanto: «Me había prometido una enseñanza, pero no me enseñó nada. Hablamos de todo tipo de cosas, sin orden ni concierto, como hacen los viejos amigos».

El *Prologue* se circunscribe al ámbito de la búsqueda de la verdad. Una búsqueda vinculada a la vulnerabilidad, ya que la joven Weil competía en talento con su hermano André y entró en crisis al pensar que le estaba vetado el acceso a esta dimensión intelectual. En cierto modo, la desdicha nace de la dificultad de encontrar una verdad que confiera sentido a los golpes asestados por la vida. Sin su conocimiento, el ser humano vive a la deriva impelido por sus carencias en el océano del absurdo.

Sin embargo, ninguna enseñanza sirve de colofón a la experiencia narrada en el *Prologue*, no hay ningún mensaje que transmitir, no ha sido revelado ningún principio filosófico. Ahora bien, habría resultado muy peligroso que la reflexión de Weil culminara con el descubrimiento de una verdad. Ella siempre combatió los dogmatismos que confunden la verdad con una formulación intelectual determinada.

En el totalitarismo, la sacralización de una verdad conduce a la imposición de patrones de pensamiento y promueve la persecución de los disidentes. Entonces se cometen las atrocidades más execrables en nombre de una verdad que legitima la violencia.

Precisamente, como Weil siente que su vocación es el trabajo intelectual, al final de su vida, a pesar de sus vivencias religiosas, considera que debe mantenerse fuera de la Iglesia: así podrá desarrollar un pensamiento desligado de la fidelidad a cualquier doctrina oficial e indiscutible. Necesita desvincularse de todo lo que pueda coartar su reflexión.⁴¹

Por otra parte, asociar la experiencia espiritual a un conocimiento concreto también podría derivar en un cierto gnosticismo. El posible

carácter gnóstico de la filosofía weiliana es uno de grandes debates abiertos sobre su obra. Según el teólogo José Ignacio González Faus, la obsesión weiliana por explicar con una respuesta convincente, propia de una teodicea, el sentido de la desdicha, la hace bordear peligrosamente el gnosticismo. Además, su pasión casi idolátrica por la verdad hace sospechar que tras su activismo podría esconderse un interés más intelectual que social.⁴²

Uno de los principales detractores de Simone Weil, Charles Moeller, también la acusa de gnosticismo. El análisis de algunos textos, sobre todo los relativos al concepto de «descreación», lo llevan a defender que esta filósofa tiene una visión muy negativa de la creación. Moeller califica de auténtica blasfemia esta actitud. Sin embargo, el compromiso social de Weil, su opción por reflexionar siempre a partir del conocimiento directo de la realidad, la importancia que otorga a la cruz y la admiración que experimenta ante la belleza del mundo, tal como queda reflejado en *Prologue*, hacen dudar del maniqueísmo que Moeller le atribuye de manera tan categórica.⁴³

6. Conclusiones

El binomio vulnerabilidad-violencia debe completarse con la idea de verdad. Su ausencia genera vidas maltrechas, como la de los operarios que en la producción en cadena ignoraban la finalidad de la tarea asignada. Su defensa acérrima, en cambio, conduce a la violencia, física o intelectual, al pretender imponerla por la vía de la coerción.

Weil había criticado a los teóricos del socialismo, porque sus diagnósticos no se fundamentaban en la experiencia de la realidad. Por eso, ella quiso trabajar en una fábrica y conocer personalmente las penurias de los obreros. A pesar de su platonismo implícito, Weil se sentía empujada a abandonar las especulaciones y descender al terreno de lo real.

En *Prologue* insinúa que a los vulnerables no se les priva del acceso a la verdad, porque no es un saber reservado a unas élites y transmitido de forma arbitraria. Su búsqueda tampoco es un reto monopolizado por unos pocos elegidos dotados de una mente brillante o que han tenido el privilegio de acceder a una fuente de sabiduría vetada para el resto de sus congéneres. Ni mucho menos es un botín, una conquista ganada en un ambiente de violencia dialéctica o un arma arrojada preparada para agredir al contrario.

Seguramente, la verdad no sea el antídoto a la vulnerabilidad. La lectura de este texto tan enigmático parece sugerir que la consciencia de la propia debilidad forma parte del camino de acceso a una autenticidad libre de las injerencias de los espejismos ideológicos.

42. González Faus, J. I., «Simone Weil: mística y teodicea», en Ávila, A. (ed.), *Nostalgia del infinito. Hombre y religión en tiempos de ausencia de Dios*, Estella, Verbo Divino, 2005.

43. Moeller, C., «Simone Weil y la incredulidad de los creyentes», *op. cit.*, págs. 301-313.

De lo contrario, la verdad se puede convertir en una peligrosa aliada de la violencia.

Tal vez, el *Prologue* constituya una invitación a abandonar la buhardilla de las elucubraciones y descender a la arena de lo real: la calle, la fábrica o las relaciones. Allí, es posible percibir cómo en la nostalgia se deja entrever la sutil presencia de la verdad y en su ausencia se vislumbra su profunda fragilidad.